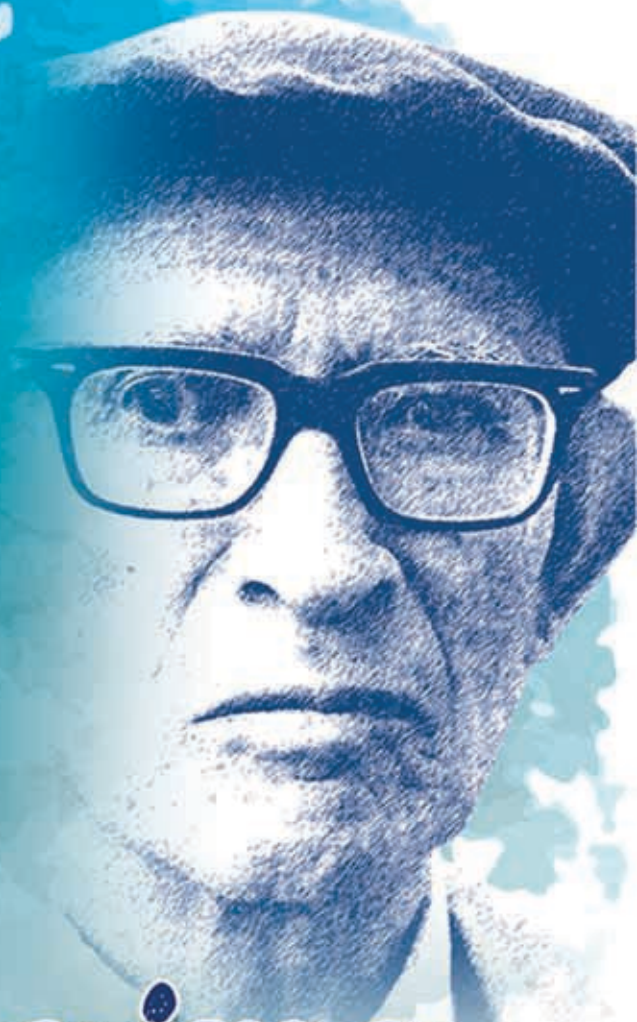


COLECCIÓN
CLÁSICOS 6

JESÚS LARA



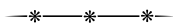
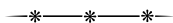
Chayma

Grupo Editorial
 Kipus

PRÓLOGO

TESTIMONIO Y COMBATE DE JESÚS LARA

Cuando Jesús Lara cumple ochenta años y se le prepara, como un homenaje más de los que va a recibir sin duda, este volumen que recoge una cantidad apreciable de sus escritos sueltos, la ocasión se muestra propicia para que hagamos un esfuerzo de comprensión y valoración sintética de lo que significa su personalidad y su producción escrita. En realidad, a ello nos invita el propio material aquí incluido: aun sin ninguna aspiración a la exhaustividad, lo cosechado tiene suficiente perfil como para que nos permita asomarnos, como en microcosmos, al definido mundo espiritual de Lara. Por si ello fuera necesario, los escritos aquí reunidos deberían contribuir a fijar, entre nosotros, la imagen cabal de su autor, que va más allá del novelista indigenista y del estudioso de la heredad literaria qhishwa.



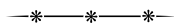
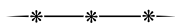
Jesús Lara viene del campo cochabambino (Villa Rivero) y sus raíces rurales se hacen presentes en toda su obra de creación literaria. Como sabemos ya hoy, por mano del propio interesado, su infancia y primera adolescencia transcurrieron por la comarca nativa, en unas condiciones nada poéticas, aunque sí íntimamente libres. Para la Secundaria tuvo que venir a la capital departamental, como uno más de aquellos jovenzuelos provincianos, claramente identificables dentro de la población escolar y que habían de experimentar su 'lacra' original. Tras haber superado con esfuerzo los sinsabores y obstáculos de la escolaridad reglamentada, Lara obtuvo el galardón perseguido del Bachillerato. Acto seguido se presentó al cuartel, para cumplir en Viacha con el deber militar que pesaba sobre los bolivianos

de su estrato social. Libre ya del compromiso, sin ningunos bríos interiores empezó los estudios jurídicos, únicos que ofrecía entonces la Universidad de San Simón; estudios que sólo le retendrían un curso, tiempo más que suficiente para que la víctima agotara los recursos de su capacidad de resistencia.

Tras un breve escarceo en las redacciones de dos diarios, en La Paz y Oruro, y de otro corto paso por la secretaría de la Casa de Estudios cochabambina, Lara encontró la ocupación que había de darle una base económica de cierta estabilidad: entre 1923 y 1949 dirigió la Biblioteca Municipal de Cochabamba; bien entendido, con dos interrupciones: la de su ausencia en el Chaco (1934-1935) y la de su apartamiento durante los gobiernos del PURS y MNR- RADEPA (1942 -1946). Con posterioridad a 1949, ha dedicado en exclusividad su tiempo y sus fuerzas a la escritura de sus obras.

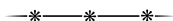
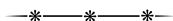
Lara ha viajado repetidas veces al extranjero, por doble concepto: como escritor y como militante político. Desde Lima hasta Pekín, pasando por México, La Habana, París, Varsovia, Budapest, Viena y Moscú, don Jesús ha tenido oportunidad de captar el pulso del mundo y de la literatura de este continente. El hecho da pie a dos tipos de consideraciones: por una parte, sus viajes a países socialistas le han dado un conocimiento directo de aquellas realidades, que él ha proyectado en una defensa ferviente del sistema político imperante allí; por otra, sus relaciones con un tipo de escritores latinoamericanos que podemos llamar, hoy, la vieja guardia izquierdista, le han ganado un lugar consagrado dentro de aquella generación y le han impelido a una sectaria animosidad contra las nuevas vedettes de la novela de América Latina.

Hoy, con sus ochenta años a cuestas, Lara sigue en la brecha, dedicado, ahora, a contarnos las azarosas peripecias de su existencia. También, hasta la ancianidad, ha tenido que sufrir las consecuencias de la represión política, que él entiende como gaje natural de su opción revolucionaria.



Los escritos juveniles de Lara aquí recogidos sirven para documentar su temprano nacionalismo literario, renegando y estigmatizando la alienada imitación de lo extranjero, sin rumbo y sin perfil. Bastantes años antes del “trauma del Chaco” y la oleada reformista que aquél provocó, nuestro autor ya se había desintoxicado del mimetismo provinciano. Sus colaboraciones de crítica literaria de esta época ya nos muestran al enjuiciador firme que no conoce de adulaciones, pero que tampoco duda en colocarse junto a la obra comentada y frente al desdén de buen tono.

Con el tiempo, sus horizontes se van a ensanchar: conocerá la mejor literatura latinoamericana de los años 1930 -1950; se relacionará personalmente con muchos de los autores; también incursionará, por la lectura y por el trato, en los escritores de varios países socialistas. Pero esta ampliación no va a repercutir en la firmeza de sus cánones valorativos. En ningún momento se dejará arrastrar por la moda. Y menos que nada, por el reciente “boom” latinoamericano, al que Lara ha dedicado páginas desmesuradas en su descalificación, sin distinguir lo necesario ciertos aspectos personales extraliterarios de la indiscutible superación de los niveles narrativos alcanzados por las generaciones anteriores (entre ellas, la del propio Lara). Nuestro autor derrocha benevolencia por una serie de escritores de su propia edad, presentándonoslos como dechados acabados de “escritores anti-imperialistas”, mientras que se muestra irreductible ante las inconsecuencias de varios de los que hoy acaparan el mercado internacional de la narrativa latinoamericana. El espectador ajeno a las rencillas gremiales, puede muy bien compartir la estrictez de Lara con los “contemporáneos” y, al propio tiempo, aplicar igual rasero a los “viejos”. Creo, sinceramente, que aquí Lara ha sido traicionado por factores afectivos o de ideología mal aplicada.



Lara nunca ha escondido su militancia comunista, ideológica y política. El presente volumen contiene numerosas páginas que

dejan constancia de su defensa de las realizaciones históricas del Socialismo en la URSS, en los países del Este europeo y en Cuba. En una ocasión, su ortodoxia moscovita le ha llevado a descubrir fricciones internas del PCB, con un lenguaje típico de Politburó. Lara no es un teórico marxista; ni siquiera se considera a sí mismo un político. Esto puede explicar la menguada cosecha de ideas cuando buscamos su enfoque marxista para la contextura compleja de la sociedad boliviana (carencia, por lo demás, común a toda su conn militancia). En cualquier caso, páginas enteras de su apología deben ser leídas dentro de un registro crítico: hoy está más que claro que la resabida “benignidad” con que en otras fechas las izquierdas solían tolerarse los puntos débiles a nombre de los objetivos estratégicos, no conduce a nada más que a un endurecimiento del dogmatismo (o del desconocimiento de los derechos humanos, donde estas izquierdas tienen la sartén por el mango).

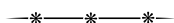
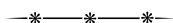
——*—*—*

——*—*—*

Párrafo aparte merece la disidencia de Lara frente a la dirección del PCB con ocasión de la guerrilla de Ñancahuazú. A la luz de lo anterior, he de confesar mi sorpresa, y mi admiración, ante la conducta independiente del militante. Actitudes como ésta contribuyen más a la respetabilidad marxista que mil ditirambos, por más objetivos que pudieran ser. Hoy estamos ya más que saturados de las banderas altisonantes y todos exigimos la recíproca verificabilidad de nuestras teorías con hechos tangibles, a costa de la frondosidad publicitaria.

Lara no era contrario por principio a la lucha guerrillera; pero consideraba que para un desenlace exitoso se requería una acción previa de movilización popular. Sin embargo, a partir del momento en que se hizo evidente la operación del grupo de Ñancahuazú, se declaró decidido partidario del apoyo estratégico y directo del foco. Por el contrario, el PCB había comenzado con una intensa participación en los preparativos del operativo y en forma tan misteriosa como contradictoria, se hizo a un lado y retiró cualquier soporte logístico. Esta disparidad de procesos explica el impasse

entre Lara y sus dirigentes. Ya aniquilada la guerrilla de Ernesto Guevara, Lara pudo conocer mil detalles de su desarrollo a través de los relatos que le hizo Inti Peredo. Su balance admirativo de la gesta tronchada (por tanto, corroborativo de su actitud disidente ante la dirección del PCB) podemos leerlo en su prólogo al libro de Inti Mi campaña con el “Che”, inédito hasta este momento por causas ajenas a la voluntad del autor.



Los trabajos que aquí se presentan en su mayoría fueron ya publicados en periódicos o revistas bolivianas. Su reunión ahora no obedece a afanes publicitarios, sino a un propósito de servicio a los lectores de Lara, para que puedan conocer otras de sus facetas, aparte las del novelista y del estudioso del legado literario qhishwa.

Entre los varios inéditos que por primera vez podrán ser conocidos, uno de ellos reclama una palabra aclaratoria. Se trata de la juvenil nota laudatoria dedicada a Adela Zamudio. Le había sido pedida a Jesús Lara por los responsables del volumen conmemorativo Bolivia en el primer centenario de su independencia; mientras el joven poeta se dedicaba al cumplimiento del encargo, llegó la noticia a oídos de la laureada escritora; la Zamudio, sin conocer el contenido de su colaboración, hizo presente al autor su más tajante veto: un joven sin prestigio no podía ocuparse de su producción literaria. Así quedó “empapelada” la breve loa zamudiana. En honor a la verdad, hay que añadir que inmediatamente después doña Adela llegó a conocer el escrito proscrito y cambió, en su totalidad, de opinión, hasta el punto de solicitar la autorización de Lara para publicar sus páginas, en los días de la coronación de la poetisa (mayo 1926).

Digamos, por fin, que los textos dispersos y agavillados en este volumen han sido revisados por su autor, quien ha subsanado los infaltables pequeños errores tipográficos, dejando el resto en su estado originario. Esto, sin embargo, no debe llevar a pensar que Lara, hoy, volvería a escribirlos en su integridad. Para todo escritor, el camino andado es un testimonio irreversible de su vida; de ahí que

Lara no haya temido volver a lanzar sus escritos, que abarcan medio siglo, al público, aun sabiendo que una parte de sus opiniones, hoy, quedan lejos de sus convicciones.

—*—*—*—

—*—*—*—

Jesús Lara presenta un rasgo llamativo: no pertenece a ninguna entidad cultural oficial de Bolivia ni del extranjero. Es de los que piensan que nada de esto puede añadir ni quitar nada al mérito intrínseco de su obra. Visto desde fuera y en un país donde las “solidaridades” y compadreríos suelen cobrar expresión corporativa y servil, el detalle expresa una doble realidad: por un lado, la soberana independencia intelectual de Lara frente a las sucesivas “ortodoxias” vigentes en Bolivia y su repudio del tributo pedido a quien aspira a la membresía; por otro, la moneda con que los círculos “cotizados” han pagado el original y también instintivo desvío de Lara hacia los oropeles del prestigio institucionalizado.

—*—*—*—

—*—*—*—

Quede esta miscelánea como testimonio del homenaje a que se ha hecho acreedor Lara por su ininterrumpida labor literaria y científica. Homenaje dirigido, en no menor medida, a su rectilínea honestidad cívica y política, en unas circunstancias en que esos valores adquieren una superior significación y en las que merecen también público reconocimiento, en razón de la urgencia en que nos encontramos de tal tipo de fidelidades. Como canta la voz insurgente de un compatriota lejano, también la generación joven, aquí, podemos asegurar de Lara:

**Mai no hem pogut, però, desesperar
del vell vengut.**

Cochabamba, Julio 1977

JOSEP M. BARNADAS

– I –

LITERATURA BOLIVIANA

ADELA ZAMUDIO

Doña Adela Zamudio constituye una gloria legítima para la literatura boliviana. La magnitud de su arte hace de la egregia poetisa el valor más exponencial de la lírica del país en toda una época; los anales literarios de esta región de América no registran un nombre tan alto entre los poetas del pasado y ofrecen muy pocos entre los contemporáneos. Su poesía, personalísima, no será fácilmente preterida en el devenir de las escuelas y tendencias, y es porque en realidad sus versos no pueden reputarse como patrimonio de una escuela y menos como tributo a una moda estética; dentro de formas clásicas, que por su calidad y estructura están destinadas a perdurar, llevan la savia fluida, pura de un romanticismo específico, de aquel romanticismo que, en el espíritu humano, se halla consubstanciado con la fuerza vital misma; la trascendentalidad de su ideología y su manifiesto apartamiento de las imitaciones, juntos a la ley, al valor intrínseco de su talento, revelan una franca aproximación a la universalidad. Su estro floreció cuando en América nadie se privaba de componer becquerianas y doloras, cuando todos los poetas convertían en ídolos tutelares a los románticos de Europa, y no obstante se mantuvo libérrimo, incontaminado, así como tampoco se dejó seducir por la corriente exaltada que en aquel mismo entonces aparecía con las innovaciones de Rubén Darío, el eterno; todo, por virtud de su talento y de sus convicciones estéticas.

Soledad, la ilustre poetisa, no goza de renombre sólo en Bolivia; su figura es continental. La consagración le vino del extranjero, a pesar del cúmulo de obstáculos que hallan los literatos bolivianos, no para señalarse, sino únicamente para darse a conocer allende las fronteras patrias. Su obra poética, en el país, es reconocida y admirada por todas las generaciones militantes, entre la élite y el público en conjunto. Con todo, su personalidad no ha sido estudiada aún suficientemente; la crítica, acaso por incipiente propia, vale decir por falta de amplitud y espíritu verdadero, no se ha preocupado de definir la expresión cualitativa, el valor neto de tan eminente mentalidad. Todos cuantos se han ocupado de nuestra poetisa no han hecho sino reconocer su talento, elogiar la belleza y la filosofía de sus versos, loar la perfección de sus normas artísticas, sin aventurarse a un estudio profundo, capaz de presentarla en su integridad y en sus justas proyecciones.

Si como poetisa es conocida en forma incompleta, como prosadora lo es menos todavía. Todos saben que es poetisa eximia, pero ignoran que es mejor prosadora. Su personalidad, múltiple como la de todos los grandes talentos, ha sabido manifestarse en la prosa con igual o mayor excelencia que en el verso. Poseedora de los caros secretos del arte de prosar, ha rendido frutos admirables en este difícil género. Si sus poemas entrañan una ideología honda bajo un ropaje hermosamente sobrio, hermosamente clásico, su prosa contiene en el fondo una invalorable prestancia filosófica. En todos sus artículos de polémica o de prensa, en todos sus cuentos, en sus novelas, abundan conceptos que importan verdaderas sentencias. Las características de su prosa son la pureza en la dicción, el aticismo en la forma, la claridad en el concepto, la lógica trascendental y sólida en el desenvolvimiento, y en la esencia del todo una orientación eminentemente humana. Doña Adela Zamudio, sin embargo de su idealismo ingénito, no gusta de la filosofía abstracta ni sentimental; su filosofía analiza la vida, el espíritu humano o la sociedad en sus fases y

estados más reales, en sus manquedades, en sus aspiraciones vitales. Su lógica no es la henchida de prejuicios ni su ética es la contaminada de sectarismo e hipocresía. Su lógica no está en las formas y su ética combate a aquel jesuitismo que se halla aún arraigado en el ambiente donde, por desgracia, vive la escritora. Raro talento de mujer éste que se estrella, sin otras armas que la razón y el idealismo, contra todo un mundo extraviado del verdadero camino de los perfeccionamientos.

Doña Adela Zamudio, como pocas mujeres y como raros hombres, vive la moral que enseña y la filosofía que sustenta. Su vida constituye el más bello ejemplo, el corolario más noble de su credo ético. Como ser humano, es un dechado de austeridad, de honradez y de trabajo. Como cultora del arte, ni espera, ni pide, ni recibe nada que no sea de su talento y de su espíritu. No ama el *réclame* como la generalidad y jamás ha buscado el éxito; no la preocupan el elogio ni el ataque. Y va sola como las águilas. Así toda su vida, sin desear en su ascensión los factores fructuosos de la camaradería ni aceptar la mirra de discípulos turiferarios.

Su obra es vasta y asaz compleja, más que tratándose del verso, de la prosa. Sus poemas, plenos de sinceridad y de armonía, se hallan contenidos en *Ensayos Poéticos*, volumen publicado en Buenos Aires en 1887, con prólogo del reputado escritor argentino Juan García Velloso, y en *Ráfagas*, editado por la casa Ollendorff de París, años más tarde. Tiene además numerosas producciones dispersas, entre las cuales se halla *El eco de la montaña*, poema grandioso por su forma y por su contenido. Amplia ha sido su labor periodística, terreno en el cual ha sostenido notables polémicas con extraño empuje varonil. Tiene también innumerables artículos escritos para fines didácticos. Sus trabajos de prensa son los que acaso contienen la máxima prestancia de su espíritu de filósofa y constructora. Ha escrito varias novelas cortas, entre ellas *El milagro de Fray justo*, *Noche de Fiesta* y *La inundación*. Es autora de

Íntimas, novela compuesta en forma epistolar, que se publicó en La Paz, en 1913. Tiene inédito un libro de cuentos, algunos de los cuales han sido publicados en diarios y antologías. Sus novelas y cuentos, escritos en lenguaje robusto, contienen disecciones magistrales del organismo social, análisis profundos de la psicología ambiente. En opinión de escritores que conocen el volumen, éste podría formar su obra capital en la prosa, como *Ráfagas* en el verso.

No ha sido ajena al teatro, pues tiene bellísimas producciones dramáticas como *El Castillo Negro*.

La insigne poetisa, la egregia pensadora, vive hoy consagrada a las labores educacionales en su ciudad natal. El Liceo de Señoritas de Cochabamba del que es directora, es obra exclusiva de sus esfuerzos.

Doña Adela Zamudio es una de las personalidades más representativas de la intelectualidad boliviana en el primer siglo de vida propia que lleva la nación. Las generaciones por venir consagrarán este nombre en las mejores páginas de la historia de su literatura.

Cochabamba, 11 de julio de 1924.

“El Republicano” – 1926.

Trabajo escrito para “Bolivia en el Primer Centenario de la Fundación de la República”. No se publicó en dicho libro por haber sido vetado por la poetisa aun antes de conocerlo.

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	7
I. LITERATURA BOLIVIANA	13
1. Adela Zamudio	15
2. Al margen de “Tierra amarga” de Humberto Vizcarra	19
3. “Temple de montaña y otros cuentos”, por seis escritores potosinos	23
4. Palabras para la crítica indocta	27
5. Cien obras capitales	33
II. EXPLICANDO Y DEFENDIENDO LA PROPIA OBRA	41
1. De cómo escribí “Repete”	43
2. Incidencias que promovió “Repete”	49
3. “Repete” según “La Razón” de La Paz	57
4. “Sujnapura” y la moda literaria	65
5. Un comentarista como hay pocos	75
6. Mis novelas y la crítica	81
III. LETRAS LATINOAMERICANAS	91
1. La tragicomedia de Chocano	93
2. Carlos Luis Fallas, novelista ejemplar en Latinoamérica	97
3. Apuntes sobre José María Arguedas	103
4. El segundo Congreso Latinoamericano de Escritores de México	115
5. El XV Congreso de Literatura Iberoamericana	133
6. El “Boomerang” del “Boom”	157

IV. DEFENSA DEL SOCIALISMO	165
1. El Congreso de los Pueblos por la Paz	167
2. Realidades de la Unión Soviética	191
3. En la Casa Central de los literatos.	
El Realismo Socialista en la literatura	221
4. Con el novelista soviético Konstantín Símonov	231
V. POLÉMICA Y TESTIMONIOS POLÍTICOS	243
1. España Leal	245
2. Los sofismas de Fray Camacho	247
3. El clero frente a Cristo	253
4. El franciscano desciende	259
5. Un árbitro de nuestra novelística	267
6. Los vientos de Pekín	275
7. Prólogo para “Mi campaña con el Che”, de Inti Peredo	281
8. ¿No es Inti Peredo el autor de su obra?	299
9. La pasión de la Cultura.....	307



ISBN: 978-99974-14-40-3



9 789997 414403